

Un posible itinerario

UN POSIBLE DISEÑO DE ITINERARIO FORMATIVO

1. No basta formar grupos y utilizar técnicas adecuadas para evangelizar. Lo que acaba formando más allá de los momentos puntuales, son los itinerarios, los procesos en los que se puede ver un principio y un final, en los que el mismo joven es capaz de reconocerse dentro del camino andado.
2. El itinerario es un esquema mental, un modo de organizar con sentido nuestras intervenciones pedagógicas, pero no es, en ningún caso, un currículo obligatorio por el que tiene que pasar todo el mundo. Los itinerarios grupales son, en cierto sentido, inevitables, pero el verdadero proceso lo va llevando la persona individual.
3. De esta manera, el itinerario sería una serie de señales en el camino para que la persona pueda ir haciendo y madurando sus experiencias.
4. El animador tiene que estar atento a los procesos individuales para ir ofreciéndole a cada uno lo que necesita.
5. Nuestra pastoral debe estar atenta a ofrecer itinerarios allí donde el joven se encuentre. Es más fácil que intentar que venga a los itinerarios ya creados¹

1 EL PRIMER ANUNCIO.

Descripción

La acción misionera se dirige a jóvenes alejados de la realidad eclesial, no creyentes, o indiferentes; incluso en esta etapa es fácil contactar con jóvenes que ya han hecho un cierto proceso de educación en la fe pero necesitan ser acompañados. Se trata de sintonizar con los ambientes donde los jóvenes se mueven. En cada circunstancia la realidad nos obligará a salir donde los jóvenes están, o a proponerles algo interesante allá donde somos capaces de convocarlos. Distinguimos dos momentos privilegiados dentro de esta etapa: *la convocatoria y la propuesta*.

- La **convocatoria** abarca toda aquella acción que está orientada a conectar con el joven y suscitar su interés o curiosidad por el

¹ Los obispos de Québec, en su precioso documento, indican una serie de itinerarios posibles: en las familias, en la escuela, en las parroquias, en los grupos y movimientos, según los acontecimientos.... D. Martínez et alii, *Proponer la fe hoy*, Sal Terrae, Santander 2005, p. 180-181.

proyecto. A través de actividades organizadas con este fin, o aprovechando otros procesos de educación ya en marcha con los que logramos todavía convocar jóvenes, los agentes de pastoral se preocupan ante todo de provocar que el joven se tome la vida en serio y pueda arraigar en él la pregunta religiosa. La labor fundamental de esta etapa es:

- **la credibilidad:** remover prejuicios y obstáculos que alejan al joven de la propuesta cristiana y la capacidad de ofrecer ésta como una posibilidad de crecimiento y felicidad.
- **el equipamiento mínimo del sujeto:** sin un mínimo de interioridad, de respeto, de capacidad de reflexión, de voluntad de aprender e interrogarse por parte del sujeto, no se puede evangelizar.
- La **propuesta** es un segundo momento en el que, una vez que el joven se muestra abierto, el agente de pastoral le propone un camino de maduración y de búsqueda en grupo. Se trata del momento en el que se puede hacer el primer anuncio.

El proceso del primer anuncio.

Nos detenemos aquí en la descripción más pormenorizada de esta primera etapa que, como condición indispensable para que se den las demás, nos parece sumamente importante.

a) De la experiencia de la finitud a la invocación

Las experiencias humanas fundamentales son puertas abiertas a la fe, pero por sí mismas no la provocan. Necesitan del "relato". ¿Cómo ir pasando de la experiencia al relato?

De un modo general podemos establecer un mínimo itinerario de cómo se puede llegar a engarzar la experiencia humana con la propuesta cristiana.

1º Ayudar a adueñarse de la propia subjetividad

La fuerza de estas experiencias de ruptura se pierde si el que las evoca o las vivencia no tiene las riendas de su propia subjetividad. Tantas personas que viven evadidas de su propia realidad, entregándose al desenfreno del consumismo o de los ídolos, no pueden plantearse las preguntas fundamentales porque no son dueños de sí. Lo primero que hay que conseguir es que la persona recupere el protagonismo dentro de sí misma, sea capaz de tener reflexión propia, intimidad, capacidad para individualizarse entre la masa.

2º Provocar la experiencia de la finitud

La fuerza de las experiencias arriba descrita es, precisamente, que nos ponen de frente a nuestros límites. Hay muchos límites en nuestra vida, algunos

dependen de nosotros mismos, otros vienen impuestos desde fuera. Ante algunos nos rebelamos y nos superamos. Otros los vamos aceptando poco a poco. Pero hay una situación límite que reside en lo más hondo de nosotros mismos y que afecta a toda la persona: la experiencia de la finitud. Se trata de esos momentos donde uno se siente desconcertado ante la amenaza de la muerte, lo efímero de la vida, la persistencia del dolor y del sufrimiento, el sinsentido. Enfrentarse a la finitud es lo que nos lleva a apropiarnos de nuestra vida de un modo maduro.

Para ello es imprescindible poner encima de la mesa nuestros propios condicionamientos: defectos, responsabilidades, debilidades, necesidades. Hay que tomar conciencia de ellos, saber que son nuestros, aceptarlos. Pero también hay que saber analizarlos, a distinguir lo que viene dado y lo que es fruto de nuestras decisiones y acciones; lo que hay que aceptar como inevitable y lo que es responsabilidad nuestra cambiarlo. Sin embargo, sobre todos los condicionamientos sobresale uno: la amenaza de la muerte. A veces física (enfermedad, peligro), a veces psicológica o social (la marginación, o la incapacidad de realizar los sueños).

3º Abrir la posibilidad de la invocación

A la finitud se puede uno enfrentar de distintas maneras: resignación, desesperación, autosuficiencia, evasión...

Sin embargo, frente a estas alternativas que despersonalizan y no son solución, hay otra que es la de *ir más allá de sí mismo en búsqueda de un sentido que va más allá de la propia historia y que pregunta a lo desconocido sin saber si tendrá respuesta. Es lo que se llama LA INVOCACIÓN.*

Se trata de un movimiento en el vacío, por el cual uno renuncia a encontrar el sentido en sí mismo y se lanza a una aventura que no tiene ninguna seguridad de éxito. No es una pregunta de carácter individual sino que implica toda la existencia, es una postura existencial que toca todo lo que uno es.

Es el culmen de la experiencia humana, porque va hasta el final de sí mismo y se trasciende: va más allá. El hombre invocante está dispuesto a entregar las razones más profundas de su felicidad a otro que está fuera de sí mismo, que todavía no ha encontrado su rostro, pero que implícitamente lo reconoce capaz de acoger su pregunta.

Este es el punto más dramático de todo el proceso del primer anuncio.

Porque es doloroso e incierto y depende absolutamente de la libertad de la persona, y solo ella puede dar este paso. En ese sentido es un momento no programable pero sí acompañable. El evangelizador tiene que saber escuchar y saber proponer sin invadir la intimidad del otro, desde su experiencia vital, la apertura a la trascendencia como oportunidad de respuesta a sus preguntas.

Cuando la persona da este paso suele buscar respuestas, y es aquí cuando se puede hacer la propuesta cristiana.

b) De la invocación, al encuentro con el Dios de Jesucristo

Cuando una persona está en situación de invocación no hay que soltar doctrinas ni teologías al uso. Es el momento del encuentro personal con el acontecimiento de Jesús de Nazaret. Un encuentro significativo, sereno, explicado y adaptado a su necesidad vital. Un encuentro en el que hay que saber desaparecer en el momento propicio para que sea un encuentro de dos intimidades.

En cuanto al anuncio explícito de Jesucristo, hay que saber hacerlo de una manera nuclear y significativa.

Este es el momento de proponer los relatos.

1º De la invocación a la experiencia de trascendencia

La invocación es ya, en sí misma, una experiencia de trascendencia. Quien invoca, en el fondo, está invocando a Alguien, aunque éste sea difuso y aún cuando el invocante no se dé cuenta de que lo hace. Ayudar a la persona a caer en la cuenta de esto puede empujar la búsqueda más allá.

La trascendencia está implícita en el acto de invocar, el paso siguiente es hacer cada vez más explícita para que el sujeto se vaya abriendo progresivamente a ella y vaya reconociendo cada vez más su rostro.

En este momento se plantea un juego de preguntas y respuestas, de esperanzas y ofertas que conviene saber gestionar. La oferta del Evangelio debe resonar como respuesta coherente a las preguntas que la persona se hace. No es el momento de ofrecer toda la doctrina de modo sistemático, sino la propuesta afectiva de la salvación que nos viene por medio de Jesucristo. No obstante, la oferta de sentido no se puede reducir al estrecho margen de las preguntas de la persona. La oferta de la fe tiene que ser más amplia y más grande siempre que las necesidades de la persona. ¡Ojo con quedarse siempre en las experiencias y jamás dar el paso de la propuesta de la fe!²

2º La experiencia del Dios vivo que sostiene la creación

¿En qué consiste esta propuesta de fe? El contenido del Primer Anuncio se puede resumir en dos objetivos fundamentales: el anuncio del Dios vivo que crea y sostiene; y el anuncio de Jesucristo como el rostro cercano de Dios. Para las personas que no conocen el verdadero rostro de Dios, cuando aceptan encontrar respuesta más allá de sí mismos, se enfrentan al problema de Dios. La pregunta de la invocación es vaga, y por eso la respuesta no puede ser concreta (el anuncio de Jesucristo), sino que debemos llevar a la persona a entrar en relación con el Dios vivo que da sentido a la creación. Se trata que el interpelante sienta que su vida tiene un fundamento, que hay razones para pensar que todo está bien hecho, que todo forma parte de un plan que tiene sentido, porque hay alguien que lo sostiene. El que invoca está llamado a encontrarse con el Dios que ama su frágil condición creada y que

² La Catequesis experiencial tal y como se ha hecho en algunos lugares no ha sido muy eficaz: no se puede programar la evangelización como fruto de pasos graduales de etapas en los que jamás llega el anuncio explícito del evangelio.

garantiza que la vida tiene un sentido. Solo desde aquí la persona puede dar un sí comprometido a su propia vida.

Este es el momento en el que cabe aportar, por parte del evangelizador, argumentos y razones de su propia fe. La persona que invoca se debate entre el seguir adelante o retroceder, entre fiarse o recoger velas. Es importante dar buenas razones para creer. No se trata de justificar nada, ni de hacer una apologética de la fe, sino de presentar las razones vitales que el propio evangelizador tiene para creer.

3º El Dios invocado es el Dios cercano: Jesús es el rostro de Dios

Cuando se ha confesado la confianza en ese Dios que da fundamento a la creación, es el momento de proponer quién es ese Dios en concreto. Es la hora de presentar el acontecimiento de Jesús como el que revela el verdadero rostro de Dios.

Se recomienda empezar por su historia, pero no como quien cuenta la historia de un héroe, porque no queremos despertar admiración sino fe. La historia humana de Jesús es la revelación del verdadero rostro de Dios. Dios es como Jesús lo muestra.

En este sentido, es importante recorrer dos caminos:

- Por una parte provocar que la persona se ponga en el lugar de los que conocieron a Jesús: que escuche las palabras que ellos oyeron, que sienta las experiencias que ellos tuvieron.
- Por otra parte, hay que ponerle en situación de que experimente también lo que las primeras comunidades eclesiales sintieron después de la resurrección.

En este sentido, el objetivo de este momento no es solamente que conozca el rostro de Dios a través de Jesucristo, sino que haga de Él el Señor de su vida. Y esto solo se puede llegar después de la experiencia pascual.

Jesús no solo es el rostro humano de Dios, sino que es el icono de lo que el hombre se puede llegar a convertir si se fía de Dios. Por eso, del encuentro con Jesucristo debe surgir una doble línea purificadora que, por un lado, desenmascare las imágenes distorsionadas de Dios que la persona pueda traer consigo; y por otro, los proyectos distorsionados de realización humana que la persona tenga.

De alguna manera las preguntas fundamentales son: ¿Quién eres tú para mí, Dios mío? Y esta otra: ¿quién puedo llegar a ser si me fío de ti?

De este encuentro íntimo y purificador con Jesús surge el ansía de la conversión.

El evangelizador debe estar muy atento a que todos estos procesos se den con normalidad y con un cierto orden.

No obstante, el paso de la aceptación del Dios creador a la confesión de fe en el Dios de Jesucristo es tremendo e implica una revolución interior. No se da a través de procesos lógico-rationales. Lo pone en marcha el testimonio, es decir, una experiencia que se hace mensaje. Se trata de un testimonio vivido y explicado. Porque las palabras y razonamientos no mueven a uno a tomar una decisión. Solo un testimonio de una persona o un grupo de personas que viven su fe con alegría y con compromiso es capaz de suscitar que otros deseen arriesgar su vida en esa dirección.

La novedad del encuentro con el Dios de Jesús es tanta que las preguntas que se traían con la invocación quedan saturadas, desbordadas de sentido. No solo se ha satisfecho el anhelo que la persona traía sino que encuentra un plus de sentido que le motiva a querer dar una opción de vida.

c) Vivir de fe

El encuentro con el Dios de Jesucristo tiene que generar un proceso de identificación con él, que se verifica en la vida cotidiana. De otro modo, sería una experiencia afectiva más, encerrada en sí misma.

Del plus de sentido que provoca el encuentro con Jesucristo debe salir la motivación para construir un nuevo modo de existencia en la vida cotidiana. Esto es vivir de fe.

Si para los pasos anteriores se ha cuidado mucho las experiencias de ruptura, a veces evocadas o provocadas, en un ambiente de retiro, ahora es la vida cotidiana la que se convierte en sacramental donde el hombre y Dios se encuentran.

Se trata de leer los acontecimientos de la vida con una nueva sabiduría que da la fe, mirando más allá de los puros datos objetivos y desentrañando la dosis de misterio que cada acontecimiento posee.

Este es el momento de organizar la vida en torno a la fe, de manera que las distintas facetas de la existencia reciban de esta el sentido. De este modo, todo lo que ocurre debe estar referido a su dimensión misteriosa que solo se descubre en el silencio y en el diálogo con Aquel que es la fuente de todo sentido.

Vivir de fe, por último, implica que se vive la vida cotidiana pero con una cualidad nueva: vivir en el mundo pero sin ser del mundo.

d) Confesar la fe y apasionarse con el Reino

Todo el proceso quedaría incompleto y, de hecho muchas veces sucede, si la persona no llega a confesar con gestos y palabras su fe. Hay personas que tras bastantes experiencias donde dicen haber encontrado sentido, no llegan a una conversión patente.

Confesar la fe, declararse creyente y querer vivir abiertamente como tal, celebrar la fe con otros, orar, manifestar un cambio en las actitudes, es la clave de credibilidad de que un proceso de primer anuncio se ha llevado a cabo.

Decir y vivir la fe, es completar el círculo que se comenzó cuando otro vino a decirte a ti su fe. Al confesar la fe se convierte en testimonio para otros.

Pero un proceso de fe no queda completo hasta que uno no toma la decisión de hacer propia la causa de Jesús: el compromiso de jugarse la vida, en nombre de Dios, para que todos, sobre todo los más pobres, tengan vida y vida en abundancia.

“Quien ha encontrado a Jesús mide su fe no por su pertenencia a la Iglesia, sino por la pasión por el Reino”³.

Metodología

En esta etapa conviene partir de la experiencia personal y de la propia realidad del joven. No se trata de dar temas, sino de dialogar sobre problemas y realidades de vida, de adentrarse en las inquietudes personales, de sacar a la luz preguntas de significado y de sentido. Es importante crear ambiente de diálogo, de confianza y de respeto. En esta etapa suele ser muy eficaz el uso inteligente de dinámicas de grupo. También pueden ser muy útiles actividades de convivencia o campos de trabajo en los que se acentúa el clima afectivo y de confianza.

En esta etapa, sobre todo en los primeros momentos conviene conectar con el mundo afectivo del joven. Aquí puede ser muy útil el uso de los medios de comunicación sobre todo los medios audiovisuales.

El animador

El agente pastoral, en esta etapa, debe ser eminentemente animador, cercano, capaz de provocar. Es importante llamar la atención del joven, pero a la vez ser capaz de provocar una apertura hacia el misterio. El animador es el principal responsable de que el joven se sienta acogido y valorado tal cual es.

³ Riccardo Tonelli, *Itinerari per l'educazione dei giovani alla fede*, Torino 1991, 138.

LA ETAPA CATECUMENAL.

Descripción

Los jóvenes en esta etapa son aquellos que han dado una primera adhesión a la persona y al Evangelio de Jesucristo. Se trata de capacitar al joven para el seguimiento de Cristo, para entender, celebrar y vivir el Evangelio y participar activamente en la realización de la comunidad eclesial. Es la etapa catequética por excelencia. En esta etapa podemos distinguir dos momentos principales: la *iniciación* y la *formación*. La *iniciación* conecta directamente con la etapa anterior. Se trata de presentar al joven un resumen vital y esencial de lo que es el misterio cristiano, centrado en el acontecimiento de Jesús. En este momento es muy importante hacer experiencias más que tratar temas. No se trata de conocer muchas cosas sobre Jesús y su misterio, sino que eso que se aprende deje huella en la vida. Es en un segundo momento donde se plantea una *formación* más sistemática, en la cual se invita al joven a ser co-protagonista con Jesús de su propia historia personal y de la del mundo. En este sentido hay tres experiencias fundamentales que debe ir madurando: la interioridad, la experiencia de compartir y el compromiso evangelizador y sociopolítico.

Esta etapa concluye cuando el joven se dispone a tomar una opción fundamental de vida por el seguimiento de Jesús, y se compromete a empezar un discernimiento de su vocación específica dentro de la Iglesia.

Contenidos

85. Durante esta etapa se debe desarrollar toda una serie de dimensiones integradas dentro del proceso catequético.

- a) El momento de la *iniciación* exige una presentación existencial del misterio de Cristo, sobre todo para que el joven entienda la riqueza de la personalidad de Jesús de Nazaret, la importancia de su misión, el sentido de su muerte y su resurrección. Toda esta exposición no debe ser académica sino experiencial, de manera que el joven vaya teniendo las mismas experiencias que los primeros discípulos y discípulas.
- b) Para llegar a este encuentro con Cristo es necesario que el joven aprenda a conocer y valorar la Sagrada Escritura, como acceso primordial a la figura de Cristo.

- c) Una vez conocido más profundamente el misterio de Cristo se debería profundizar en el sentido de la vida evangélica. Se trata de entrenar al joven para vivir el evangelio. Es el momento en el que el joven pasa revisión a su vida y se dispone a una sincera y progresiva conversión.
- d) El momento de la **formación sistemática** debe cuidar sobre todo la capacitación para:
- La interioridad: iniciar en la oración, su misterio y sus métodos, sobre todo a través de la práctica en grupo y del compromiso de la oración personal.
 - La celebración litúrgica en comunidad: es el momento de que el joven aprenda a celebrar con la comunidad los distintos sacramentos y guste de ello.
 - El compromiso: es el momento, si no se ha tenido antes la oportunidad, de tener experiencias de compromiso con los demás o con el entorno. Se trata de acompañar estas experiencias para que el joven vaya probándose. Es importante que todos los jóvenes, en la medida de lo posible, tengan una experiencia de *evangelización* y otra de *compromiso socio-político*, de cara a discernir más tarde su propia vocación específica.
 - La fraternidad y comunión eclesial: es el momento de establecer un nuevo estilo de relaciones. Más allá del grupo se deberían tener contactos con otras realidades eclesiales. El joven tiene que empezar a sentirse Iglesia y a participar en la construcción de la comunidad.
- e) Durante toda esta etapa, el joven debe ir acostumbrándose a interpretar la vida personal desde la fe, habituándose a ver la mano divina en lo creado y en su propia historia, y dejando hueco a Dios en sus sueños y proyectos de vida.

Metodología

La metodología de esta etapa puede ser muy variada. Siguen teniendo relevancia las reuniones de grupo, pero ya no tanto para compartir opiniones o hacer dinámicas de grupo, sino para profundizar en cuestiones relevantes y revisar la vida personal y de grupo a la luz del Evangelio. Es importante, que el grupo tenga momentos de oración y de celebración intensos, y que progresivamente vaya integrándose en la vida litúrgica y espiritual de la comunidad de referencia.

Como instrumentos metodológicos privilegiados cobran importancia:

- El **proyecto de vida personal**, en el que el joven va reflejando su conversión de valores según el Evangelio.

- El **acompañamiento espiritual**. Por medio del cual el joven es ayudado a objetivar sus motivaciones, sentimientos y anhelos, y a descubrir la voluntad de Dios en su vida.
- La **iniciativa personal en la formación**. Se debe motivar al joven a ser responsable de su formación. Lecturas, conferencias, encuentros pueden ayudar al joven a completar su formación.
- **Experiencias de oración y discernimiento**. Las experiencias de convivencia y convocatoria tienen que ir siendo sustituidas por momentos intensos en los que el joven aprende a estar consigo mismo delante de Dios y a discernir su voluntad.
- **La revisión de vida**. Ayuda al grupo a confrontar la vida con los valores evangélicos.

Animadores

88. El animador durante esta etapa debe ser **testigo y educador**. En el momento de la iniciación debe ser un **testigo**. El testigo no expone como un profesor, sino que transmite la pasión por aquello que quiere mostrar. Es el que cuenta no solo lo que sabe sino también la alegría profunda que produce lo que cuenta.

89. El animador se transforma en **educador** en la etapa de la formación. Es el que sugiere, abre nuevos caminos, ayuda a clarificarse a las personas, centra los temas en la conversión personal y no permite la teorización. Se preocupa de la marcha del grupo y sugiere nuevas orientaciones. Pero sobre todo, debe tener en cuenta el proceso de cada persona, para animar en algunos casos, exigir y clarificar en otros.

LA ETAPA DE DESEMBOCADURA.

Descripción

Es la etapa del **compromiso y la misión**, comprende acciones de la comunidad eclesial dirigidas a los jóvenes ya iniciados en la fe. Se trata de acompañar a los jóvenes mientras realizan sus opciones fundamentales y van integrándose plenamente en la comunidad eclesial. Los valores, actitudes, acciones que se han aprendido y experimentado antes, ahora se traducen en opciones de vida. En vez de dejar al azar las decisiones normales de la vida adulta, se trata de tomarlas desde el Evangelio.

Ahora toca especificar esa vocación fundamental en la vocación concreta específica e intransferible de cada persona. Estos jóvenes, iniciados en la fe, son aquellos que pueden llevar adelante una doble y urgente tarea: la nueva evangelización y la evangelización "ad gentes". En este momento se puede pedir al joven que articule su fe en una espiritualidad personal que puede estar enmarcada en la espiritualidad dehoniana.

Contenidos

92. Las preguntas que un joven debe solucionar en su ingreso en la vida adulta son las que un cristiano tiene que resolver también, pero desde el Evangelio, estas preguntas se convierten en los contenidos de la etapa de desembocadura:

1. ¿Qué experiencia tengo de Dios? ¿Quién es Dios para mí? ¿Quién es Jesús y qué representa en mi vida?
2. ¿Qué rasgos tiene el estilo de vida al que Jesús me invita? ¿Cuáles tengo que concretar en mi proyecto de vida? ¿Cómo voy a usar mi tiempo, mi horario? ¿Cómo debo usar mi dinero?
3. ¿Qué estado de vida estoy llamado a vivir? ¿Cómo voy a estructurar mi afectividad? ¿Matrimonio, celibato, comunidad religiosa?
4. ¿Qué relación existe entre mi profesión y mi vida cristiana? El tiempo que le dedico, el dinero que gano, las decisiones que he de tomar... ¿cómo hacerlo lo más evangélico posible?
5. ¿Qué ministerio o servicio estoy llamado a desempeñar en la Iglesia? ¿Qué preparación necesito para este ministerio?
6. ¿Cuál es mi tarea en la construcción del Reino? ¿A quiénes sirvo? ¿Con quién me voy a comprometer?
7. ¿Con quienes voy a celebrar mi fe y establecer relaciones de comunión? ¿Dónde?

Metodología

El sujeto principal de esta etapa es el individuo. Es él el que tiene que responsabilizarse de dar respuestas adecuadas a estas preguntas, pues se trata de su vida. El proyecto de vida ya no es un experimento sino una guía realista que orienta la vida cotidiana. El grupo debe ir dando pasos para ir configurándose en comunidad cristiana experimental. Ya no convocan las relaciones afectivas, sino un proyecto

común. Ya no se viene a tratar temas concretos sino a discernir, a orar, a compartir y a celebrar juntos. La comunidad se define por ser centrífuga, mientras el grupo se configura hacia adentro. La metodología típica de esta etapa es la revisión de vida así como el discernimiento personal y comunitario. Es el momento también de que el joven se abra a la amplia realidad eclesial y empiece a tener contactos con otras personas y realidades con las que pueda compartir su experiencia y sus ilusiones.

El animador

Debe dejar el protagonismo al joven y convertirse en un auténtico acompañante que abre posibilidades, confronta experiencias, suscita vías de solución. Ya no es el educador de antes, sino el compañero de viaje con más experiencia que debe iluminar al joven desde su vivencia de fe.